



LOS NIÑOS EXPÓSITOS.

Hijos míos, vosotros estais al cuidado de vuestros padres, mimados y acariciados á porfía; pasais parte del verano bajo frescas arboledas, y el invierno en abrigadas habitaciones; haceis vuestras comidas diariamente; por la noche os acuestan en una camita muy blanda y blanca, en la que dormís en paz hasta el otro día por la mañana. ¡Venturosos niños! ¿Creeis que sucede otro tanto á todos los del mundo? ¡Ay! todos los niños no son tan felices como vosotros. Unos sufren el frío y el hambre desde que nacen; otros á los seis años ya tienen que ganar el pan con el sudor de su frente; muchos, y estos son los más desgraciados de todos, no tienen padre ni madre; nadie ha cuidado de enseñarles á rogar á Dios y amar á sus semejantes.

Sí, hijos míos; mientras que vosotros os veis rodeados de tanto amor y tanta solicitud, algunas pobres criaturas, apenas venidas al

mundo, han sido arrojadas sobre la dura, fría y tosca piedra que incomoda á cuantos la tocan; en vano han llamado á su madre ausente y desconocida, nadie les ha respondido. Bendecid á vuestra madre que ha cuidado de vosotros ántes que tuviéseis necesidad de llamarla.

Lo que voy á contaros, hijos míos, es muy triste y lamentable; en ello vereis una crueldad; mas pertenece á la historia, y es menester acostumbrarse á ella, porque al paso que nos entretenga interesándonos, nos instruirá.

Sabreis como antiguamente la especie humana se hallaba en el más completo abandono. En medio de las populosas ciudades, en las calles y en los pórticos de las iglesias, se veían niños abandonados por madres insensibles y padres desmoralizados que no querían ó no podían mantenerlos. Era un espectáculo terrible, y sin embargo la multitud seguía su camino sin detenerse y sin

inquietarse por los gritos lamentables de las tristes criaturas, ó lo que es peor, las dejaban morir en silencio. Tan admirable insensibilidad dependia de que las costumbres de los pueblos con las de los individuos, se van formando y mejorando poco á poco, pues en un día no se hace un pueblo cruel, ni un hombre sensible. La costumbre puede mucho en la moralidad de las acciones, y como la habia en la exposicion de los niños, se miraba como un mal irremediable. El encargado de las dolencias humanas pasaba sin reparar en los niños que lloraban; el magistrado, rodeado de fausto y nadando en la opulencia, seguia su camino desentendiéndose de los dolorosos lamentos, sin acudir al socorro de aquellos infelices: el sacerdote representante de la caridad, miraba con indiferencia al niño tendido sobre las gradas del templo. En fin, hasta la madre que habia ya perdido á su hijo y venia á llorarle al pié del altar, pasaba por delante de los niños sin madre, sin pensar que uno de aquellos pobrecitos tendidos allí, podia reemplazar al que acababa de perder. ¡Qué crueldad!... Los pobrecitos no tenían más recurso que morir. Así fallecian, como el pajarillo que derriban impiamente del nido sin que su madre pueda levantarlo, y todas las mañanas se recogian habitualmente los cadáveres inocentes de las tiernecitas víctimas de la comun insensibilidad.

Mas esta dolorosa escena debia al fin cesar, debia tener un término. En España apareció el remedio á tamaños males con que gemia la

humanidad inocente, y podemos jactarnos de tan plausible gloria. Madrid vió ya en el año de 1567 instituida una sociedad particular, dedicada con especialidad á favorecer niños expósitos, estableciendo en el convento de la Soledad un local destinado al efecto. Mas un célebre filósofo cristiano, de alma buena y dulce, tan poderoso por su filantropía como por sus virtudes; uno de aquellos hombres que debian llamarse grandes, si el reconocimiento de los pueblos se expresase con la propiedad que debia para dar aquel atributo á quien fundadamente lo mereciese, fué el que se dedicó con particularidad á propagar el ejercicio de la caridad cristiana con los infelices niños expósitos, procurando con su ejemplo y doctrina atraer á cuantos pudiesen servirle de auxiliares y sostenedores de tan digna empresa.

Aquel grande hombre se llamó Vicente Paul, santo que ya se venera en nuestros altares: nació el 24 de Abril de 1575 en un lugarcillo de Francia. Hijo de una familia pobre, aprendió á sufrir para enseñarse á socorrer á sus semejantes. Estudió para ser sacerdote, porque en aquella época, el que no era noble ó soldado y queria ser algo visible, tenía que pertenecer al clero. Apenas habia acabado sus estudios, cuando tuvo que hacer un viaje á Beaucaire, en el Mediodía de la Francia, á las orillas del Ródano. A la mitad del Ródano, en un barco frances y enfrente de Beaucaire, Vicente de Paul con los que le acompañaban, fueron robados por unos piratas argelinos. Dice él mis-

mo: «Me dieron un flechazo, del que me resentiré toda mi vida. Nos encadenaron, y despues de habernos curado groseramente, tomaron la ruta de Berbería, caverna de ladrones, y luégo que llegamos á un pueblo, nos pusieron en venta. Nos llevaron á casa de los comerciantes para mostrarles cuál de nosotros podia comer y beber. Los mercaderes nos examinaron uno á uno lo mismo que cuando se compra una bestia, haciéndonos abrir la boca para ver nuestros dientes, tentándonos y reconociendo nuestras llagas, haciéndonos andar al paso, trotar y correr, levantar fardos y luchar para conocer la fuerza de cada uno, con otras mil brutalidades.»

Esto dice Vicente de Paul, al cual compró un pescador, que tuvo luégo que venderle á un médico porque no le probaba bien la mar. Del médico, Vicente, siempre como esclavo, pasó á poder de un labrador, hasta que al fin se escapó porque tenía valor y era resuelto. Tal vez hubiera un millon de hombres ménos en Francia si Vicente hubiera perecido de miseria entre los africanos. Felizmente la Providencia no consintió esta muerte, y trajo al santo hombre á su patria, en donde fué disponiendo y ensayando por medio de buenas obras la maravilla de la adopción de los expósitos. El bien que ha hecho por sí solo, no puede calcularse. Vicente de Paul fué el primero que penetró en las prisiones con palabras de paz y de esperanza, á manera de ángel consolador. Adoptó primero á los prisioneros, y luégo á los condenados

á galeras. Era el padre de todos los pobres: recorrió toda la Francia, estableciendo asociaciones de caridad, cofradías de beneficencia, escuelas para las gentes del campo; apiadándose igualmente de las jóvenes pobres y de los sacerdotes extraviados. San Vicente de Paul, de glorioso é inmortal renombre, sostuvo principalmente la Magdalena, asilo de mujeres penitentes, y fundó á San Lázaro, escuela de sacerdocio tan conocida por su ciencia y su virtud. Y cuando se piensa que aquel hombre, modelo de santidad, emprendió y llevó á cabo tan esclarecidas obras en circunstancias que no le eran lo más favorables; cuando se piensa que intervino á la vez en todas las crisis de la época, las guerras civiles, las hambres y las pestes, no se puede ménos de reconocer que éste es uno de los mayores espectáculos que puede presentar la piedad y la virtud.

Pero la mayor obra de tan grande hombre, en medio de todos sus trabajos, es la adopción de los niños expósitos. Estos pobrecitos fueron para Vicente de Paul la ocupación de su vida, pues las otras tareas de su caridad no eran más que distracciones de su ocupación principal. Aquel casto padre de familia, se ocupó toda su vida en sus hijos venideros. Recoge de la piedra desnuda los huerfanitos y les da todo lo que les hace falta, leche, cuna, dulce calor, todo, hasta una madre. ¿Y qué madres les da? Les da las hermanas de la caridad, ángeles que no tienen hijos, y que adoptan á los hijos que no tienen madre. Ved, hijos míos, lo agradecida que

debe estar la humanidad á tan grande hombre: por él tienen madre los niños que carecían de ella, é hijos las madres que no los tenían. San Vicente ha reunido estos dos seres aislados, y con ellos ha constituido una sociedad indisoluble. Así, queridos niños, Vicente de Paul es un santo á quien siempre debeis respetar y bendecir; es el padre de los niños, de quienes las hermanas de la caridad son las madres adoptivas. Estas, á ejemplo de su benéfico patron, no rehusan el consuelo á ningun abandonado, ni á ninguna miseria en los hospitales, en los que sirven con esmero. Pero sobre todo ejercen su maternidad sagrada y sensible en el establecimiento de la Inclusa, adonde son llevados los niños expósitos. Si

entrais algun dia en esos establecimientos y vais recorriendo la larga serie de cunitas en que están colocados los hijos de San Vicente de Paul, y pensais lo que sufren las pobres criaturas, bendecid á vuestra madre que os protege con sus miradas benéficas y su afecto maternal. Bendecid á vuestras madres y aprended á ser caritativos; la caridad cristiana á todo ayuda, todo lo vivifica, y ella es la que más sostiene y acrecienta el bien público, desenvolviendo de un modo el más puro y completo los sentimientos de afecto mutuo que Dios, al criar los hombres, ha derramado copiosamente en su corazon. Nunca olvideis que todo lo que la religion manda es caridad.

J. M. BALLESTEROS.

LOS DOS CAMINANTES.

I.

Trabajo doy al que, encontrándose en el fondo de aquel espeso bosque, tuviera, sin conocerle, la precision de salir de sus innumerables sendas y ásperas vertientes. Era aquello empresa difícil de ejecutar, segun cuentan todos los viajeros que se vieron en la necesidad de cruzarle, y que tuvieron la suerte ó desgracia de salir de él con vida.

La noche empezaba á abrazar el

bosque, y ya los últimos rayos del sol se desenredaban de las elevadas ramas de los árboles más gigantes-cos, para ir á recogerse detras de arrogante colina que se perdía entre los tules de la niebla. Ya empezaban las estrellas á mirar con sus ojitos de brillantes á la tierra, y ya la luna se alzaba en el firmamento azul, tan triste que parecía que lloraba lágrimas de claridad.

La alondra cantaba en la copa del árbol, y parece que decía:

—¡ Pobres viajeros á quienes la

noche haya cogido dentro del bosque! ¡Pobres viajeros, cómo saldrán de su jornada!...

II.

En lo mas enmarañado de él estaban dos hombres sentados sobre el suelo. Al que lloraba, ocultando su cabeza entre sus brazos, daba compasion de verle. El otro, con la mirada fija en el cielo y con la oracion en los labios, parecia no oir los lamentos de su compañero.

—¡Ay!—exclamaba éste.—¡Qué desgraciado soy! ¡Todo me sale mal! ¡No encuentro alivio á mis pesares!...

—Animo, amigo, ánimo; quizás nos falte poco para llegar á una aldea donde reparemos nuestras fuerzas; quizás no sea tanto nuestro mal: adelante, amigo.

—Pobre de mí; tus palabras son inútiles para consolar mi alma. ¡La fatalidad me persigue! Yo fui quien, hace tres dias, creyendo adelantar más por este camino, te invité á seguirle. ¡Desgraciado! ¡Me has acompañado á la muerte! Y además, aunque creyera en tus nobles frases, no puedo, no tengo fuerzas. Estenuado por la marcha de dos dias, en los que ni el hambre ni la sed han sido aplacadas, mis músculos no me permiten dar un paso. ¡Qué pobre es nuestra naturaleza!...

Y así estuvo clamando el infeliz

hasta que su compañero, más animoso que él, le anunció que no queria esperar tan impasible la muerte, y que aún en su pecho brillaba, aunque ténue, la estrella de la esperanza.

—No intentes, compañero, buscar alivio á nuestros males. Te perderás por el bosque. ¡Quién sabe si al dar un paso caerás para nunca más levantarte! Entónces ¡ay! ni verás tú mi agonía ni yo cerraré tus ojos. No hay esperanza ni remedio. ¡Este bosque nos servirá de tumba!...

III.

Aunque fué triste y desconsoladora la despedida, dejó clamando al cielo á su compañero, y echóse á andar el animoso por el bosque, sin más guía que Dios, á quien sin cesar invocaba.

Las palabras de su colega no se apartaban de sus oidos, y la esperanza renacia en su corazon.

La fatiga le ahogaba, la necesidad le rendia; pero la fe y la constancia, en noble lucha con ellas, le daban alientos. El caminante ya no oia los lamentos de su compañero, y pasó toda la noche andando, andando...

IV.

Cuando el sol despertó las aves, el viajero se hallaba en una pe-

queña senda, léjos del bosque en el que quedó su compañero.

En una peña que se elevaba en la pradera, de rodillas y descubier- to, murmuraba la más ferviente plegaria el pobre pasajero, y ab- sorto escuchaba la estrofa más su- blime que dirige la tierra á su Ha- cedor.

El aura se metia por entre las hojas de los arbustos, y las iba di- ciendo:

—Despertaros, holgazanas, que ya el sol ha besado á la tierra.

Y entónces las hojas y el aura, y el arroyo y la fuente, formaban un coro de salvaje armonía, que se elevaba al cielo con las oraciones del pobre caminante.

—¡Ay! ¡Dios mio!—murmuraba éste, — permitidme llegar hasta donde repare las fuerzas que ya me abandonan. Mi cansancio es mu- cho; grande mi debilidad... ¡Dios mio, ya que me habeis permitido salir del bosque, haced que llegue donde me den la vida!

—¡Concuánto trabajo avanzaba por la senda que se perdía serpeando entre las peñas del camino!

—¡Animo!—se decía.—¡Animo! ¡Quizá encuentre algun pastor ó algun pueblecito!

Y descansando y avanzando, lle- gó hasta donde la senda terminó á sus ojos.

—¡Ay! ¡Dios mio! ¡Ahora sí que ya no puedo, no puedo! Mis miem-

bro languidecen y mis piernas se niegan á sostenerme. Pero ¡Dios mio! ¿Qué veo? Allá entre la bru- ma de la mañana parece que dis- tingo una cosa blanca; ¿será, Vir- gen mia? ¡Sí, sí, en aquel llano está; es una aldea, y ya me falta poco! ¡Dios mio, dadme ánimo!...

Y es imposible expresar el tra- bajo con que andaba.

V.

—¡He llegado... he llegado á lo que yo creía que era un pueblo en donde recobraría la vida... y no es! ¡Cómo me engañó el deseo! ¡Así es la vida; primero una ilu- sion que enloquece; luégo un des- engaño que mata! ¡Pobre compa- ñero mio!... ¡Ay! Si yo hubiese se- guido su consejo y hubiera esperado la muerte en el bosque, no sufriría lo que llevo sufrido.

Extendió la vista por el hori- zonte despejado, y ¡aquello sí que no era ilusion! lo que tenía cerca era un pueblo con sus casitas blan- cas, que se agrupaban alrededor de su iglesia, cuya torre se elevaba entre ellas como un hermano ma- yor que protege á los pequeñuelos.

—¡Si pudiera llegar!—decía el caminante, sintiendo renacer en su pecho la esperanza.—¡Si pudiera llegar!... sí, sí, creo que estoy sal- vado. ¡Gracias, Dios mio, gracias!

Y emprendió de nuevo la marcha.

VI.

Cómo llegó al pueblo, no lo sé decir; vosotros os lo figurareis. Lo que sí sé es que ya satisfechas sus necesidades, salió con otros vecinos del lugar en busca del compañero de la selva, á quien hallaron muerto.

Y además sé que cuando tenía muchos años el caminante y veía reunidos á su lado sus nietecitos, despues de contarles su aventura, solia decir:

—El bosque es la vida que todos tenemos que pasar: mi compañero el muerto representa la parte de la humanidad que pasa el tiempo quejándose de su suerte y de su desventura, sin procurar vencerlas: yo me convencí de que el hombre, trabajando, siempre se salva: podrá creerse, como yo, que las peñas eran casas; pero trabajando con fe y con constancia se encuentra un pueblecito.

Otros encuentran una ciudad.

P. GROIZARD.

GALERÍA DE DESGRACIADOS.

XVIII.

El vendedor pequenuelo.

En esas noches de invierno
En que helado está el ambiente
Y á pesar de todo abrigo
Nuestros miembros se entumescen,
Y nos va azotando el rostro
La lluvia, el aire y la nieve,
¿A vuestro paso no visteis
A un pequenuelo, un sér débil
Que apenas cubre sus carnes
Del rigor de la intemperie,
Y en el hueco de una puerta
Aterido se guarece,
Y rendido de fatiga
En la dura losa duerme?
¡Cuántos cuidados los nuestros,
Temerosos de que altere
La salud de nuestros hijos
Del aire el soplo más level
Su madre vela su sueño,
Nada habrá que les inquiete;
Y á su arrullo, á sus caricias,

Despertarán sonrientes.
¡Qué contraste tan horrible
Ese infeliz nos ofrecel
Aún en la infancia, no goza
Del cariño de otros séres:
Si jamás ve una sonrisa,
Ajustos gestos ve siempre;
Si tiene padres, valiera
Quizá que no los tuviese,
Que la miseria egoista
Instintos muestra crúeles.
Tal vez en busca de un lucro
Asaz mezquino, le impelen
A cruzar así las calles,
Ya pregonando la suerte
En los azares del juego
A quien sus voces no atiende,
Ya la pobre mercancía
Que exigua ganancia deje:
Otro ser más desgraciado
No habeis de hallar facilmente.
¡Triste entrada de la vida!
En verdad que no parece
En tal abandono el misero,
Un sér de la humana especie.

En esa edad venturosa,
 Porque el niño no comprende
 Que es más pródigo el destino
 En los males que en los bienes,
 Que es la existencia una lucha
 Para el sér humano, vedle:
 Los colores de la infancia
 Su semblante no embellecen;
 Las privaciones le roban
 Su expresion dulce y alegre,

Y macilento y adusto
 Y agresivo, en él se advierte,
 No el purísimo reflejo
 De un alma tierna, inocente:
 El de un alma sin cultivo
 A la que el peso entristece
 Del desengaño, y no sabe
 De quién los consuelos vienen.
 ¡Qué horizontes tan nublados,
 Qué peligrosas pendientes,



En su abandono y miseria
 La existencia ha de ofrecerle!
 Del mal ejemplo tal vez
 Seducido, con soeces
 Pasiones, en la vagancia,
 Ignorante de las leyes
 De la moral... ¡desdichado
 Cuando á ser un hombre llegue!
 Vosotros, los que felices
 Teneis abrigo y albergue,
 Blando lecho, tiernos padres,
 Gratos goces y deleites,
 Que ensanchais la inteligencia
 Con el estudio perenne,

Y sabeis que es vuestro hermano
 El pequeñuelo indigente,
 Y que Dios es el consuelo
 En los humanos reveses,
 Compadeced al que yace
 De esa puerta en los dinteles,
 Hallando en el sueño tregua
 Al hambre, al cansancio, inerte,
 Y bendecid al que abrigo,
 Paz y sustento os concede.
 ¡Otro sér más desgraciado
 No habeis de hallar fácilmente!

ANGEL LASSO DE LA VEGA.



AGAR É ISMAEL.

Dios hizo saber á Abraham, por medio de una misteriosa vision, que sería su heredero un hijo, del que tendria descendencia tan numerosa como las estrellas del cielo, y que dominaria en el país comprendido desde el Nilo al Eufrates, despues de cuatrocientos años de servidumbre.

Como Supremo legislador permitió Dios á los Patriarcas la poligamia. Abraham, cediendo á los ruegos de su esposa Sara, que se creia estéril y contaba ya la edad de 75

años, tomó por legitima mujer, aunque de segundo orden, á su esclava egipcia Agar.

Luégo que Agar concibió, despreció á su señora, quien, autorizada por Abraham, castigó á la egipciaca. Esta huye entónces al desierto del Sur. En lugar retirado y junto á una clara fuente, se le apareció un ángel que le prometió innumerable posteridad, y le mandó volver á casa de su señora y humillarse á ella; designó con el nombre de Ismael el niño que Agar habia

de dar á luz, y predijo que sería un hombre fiero. Agar obedeció, y nació Ismael en casa de su padre Abraham.

Catorce años despues nació Isaac, de Sara, que contaba entónces 90. Como viese ésta que Ismael maltrataba á Isaac, exigió de Abraham que despidiera á la madre y al hijo. Resistió el Patriarca; pero por indicacion de Dios, se decidió, despidiendo á Agar muy de mañana, entregando á Agar pan y un odre de agua.

Anduvieron Ismael y su madre por el desierto de Bersabé, situado

entre el límite de Canaan y el Mar Rojo, donde pasaron una sed espantosa; y cuando, desfallecido, se habia acostado Ismael á la sombra de un árbol, Agar se retiró por no ver morir á su hijo. Dios oyó las súplicas de los infelices y mandó un ángel que les mostró un pozo con agua, donde apagaron su sed.

Creció Ismael, se fué al desierto de Faram, que está en la region llamada Arabia Petrea, y allí se hizo hábil cazador; se casó con una egipcia y fué padre de un numeroso pueblo, segun las divinas promesas.

R. GARCÍA CORTÉS.

RECUERDOS.

¿Quién olvida de la aldea
El árbol que vió primero,
A cuya sombra apacible
De niño oía risueño
Extraordinarias leyendas
De los labios del abuelo?
¿Quién no recuerda con gozo
De la madre el primer beso
Entre plácidas canciones
Y dulce risas envuelto?
¿Quién olvida el claro sol
Que doraba el arroyuelo,
El perro, el gorrion y el nido,
Las estrellitas y el cielo,
Compañeros que alegraban
Constantemente los juegos;
El altivo campanario,
La iglesia santa del pueblo,
El dulce toque de gloria
Y del órgano los ecos?
¡Ay! sólo de aquella edad,
Sólo quedan los recuerdos,
Que la juventud bendice,
Que adora constante el viejo;
Recuerdos que son del alma

La alegría y el consuelo,
Que la patria es siempre viva
Que corona nuestros hechos,
Que nuestros pasos alienta,
Que premia nuestros desvelos;
A la que el mundo levanta
Un altar en cada pueblo
Y el amor en cada hogar
Un santo y soberbio templo,
Donde eterna se venera
Con religioso respeto;
Recuerdos ¡ay! venerandos
Que el alma llenan de fuego,
Que en el corazon encienden
Del amor el sentimiento
A la santa independencia,
Gloria eterna de los pueblos.
Desdichado quien olvide
El árbol que vió primero,
Del primer cielo no guarde
Siempre vivos los recuerdos,
Que la patria es aquel árbol,
Que la patria es aquel cielo.

C. SERRANO MAGDALENA.

LOLA Y LUISA.

Lola era una niña muy buena, muy aplicada y muy fina y atenta con sus superiores, lo cual hacia que fuese de todos ellos muy querida.

Un día fué á verla su prima Luisa.

Esta era una niña aturdida, traviesa y desobediente.

Las niñas quisieron ir á jugar al jardín.

La mamá de Lola las dijo:

—Podeis ir á jugar allí; pero no toqueis ninguna flor, y, sobre todo, no os acerqueis á las colmenas.

Las dos primas bajaron al jardín; pero apenas estuvieron en él, se la antojó á Luisa coger una rosa.

En vano Lola la recordó que su mamá las habia prohibido tocar las flores.

La traviesa niña fué á coger la rosa y en el mismo momento lanzó un grito.

Se habia clavado una espina. De su dedo salia sangre.

Lola trató de consolarla diciéndola que aquello debia servirla de leccion.

Al poco rato, Luisa ya no se acordaba de aquel contratiempo y se empeñó en querer ver cómo

hacian la miel las abejas, sin tener en cuenta la prohibicion de su tia ni las observaciones de su buena primita.

Esta corrió á avisar á su mamá; pero ya Luisa ponía su atrevida mano en una de las colmenas y en el mismo instante prorumpió en desgarradores gritos, corriendo hacia la casa perseguida por un enjambre de abejas.

Al oir sus voces salieron su tia y Lola y la encontraron con la cara llena de picaduras y terriblemente hinchada.

—¿Ves ahora las consecuencias de no haber querido seguir mis saludables consejos?—la dijo su tia en tono de dulce reproche.—Cuando yo os dije que no tocarais las flores ni os acercáseis á las colmenas, era porque preveia lo que podia suceder. Trata de ser, en lo sucesivo, más cuerda y más dócil á los consejos de tus mayores.

Luisa tuvo siempre presente aquella terrible leccion, y con su docilidad y buena conducta hizo olvidar completamente sus primeras travesuras.

CELSO GOMIS.

EN EL ALBUM DE MARÍA G***

Acabo de leer, bella María,
De este libro las hojas,
Y he visto muchos versos á tus ojos,
A tu divina boca,
A tu pequeño pié, tu linda mano,
A tu frente, á las rosas
De tus puras mejillas, á tu talle
De líneas seductoras,
Al fuego que despiden tus miradas,
A tu voz, que enamora,
A tu andar, que enloquece al que te mira...
A tu hermosura toda.
Mas queda lo mejor, y no lo han dicho:
Y, si tú no te enojas,

Te diré que tantísimos elogios
Son flores sin aroma.
Tú tienes una flor, linda María,
Mejor que aquesas otras;
Flor que arraiga en los plácidos vergeles
De tu alma candorosa.
¿Que cuál es esta flor á que yo aludo,
A decir me provocas?
¡Tu virtud, fragantísima azucena
De embriagadora aromal
Consérvala por siempre, hermosa mía,
Que su blanca corola
Convierte en celestiales querubines
A las niñas hermosas.

JUAN QUIRÓS DE LOS RÍOS.

EXPLICACION DE ALGUNAS VOCES DEL CALENDARIO.

Período Juliano.—Fué inventado por Escaligero para reducir unos á otros y comparar entre sí los años y épocas de los diferentes pueblos del mundo. Este período consta de 7.980 años, y está compuesto del ciclo solar de 28 años, del ciclo lunar de 19 y de la indicción romana que consta de 15, porque estos tres períodos de tiempo, multiplicados entre sí, hacen los dichos 7.980 años.

Ciclo solar.—Es un período de 38 años, al cabo de los cuales el año vuelve á empezar con los mismos días, y éstos á señalarse con las mismas letras, que se llaman dominicales.

Letra dominical.—Es la letra del abecedario que sirve para indicar los domingos, y con la que éstos van señalados en los calendarios durante todo el año. No siendo más que siete los días de la semana, tampoco las letras dominicales pueden pasar de siete, desde la A hasta la G inclusive, volviendo á empezar sucesivamente conforme van pasando los días, y siendo á su vez dominical cada una de estas letras á medida que van pasando los años. En los años bisiestos, es decir, de cuatro en cuatro años, hay dos letras dominicales, de

las cuales la una sirve para señalar los domingos desde el primero de Enero hasta el primero de Marzo, y la otra desde este día hasta fin de año.

Ciclo lunar.—Período de 19 años lunares, al cabo de las cuales las lunas nuevas vuelven á coincidir con los mismos días del año solar. Por este período se concilian los movimientos del sol y de la luna, de tal modo, que se vuelven á encontrar al concluirse los 19 años en el mismo sitio del cielo en que se hallaban al principiarse. Hay que advertir que de estos 19 años, siete son de trece lunaciones y se llaman *intercalares*.

Aúreo número.—Es el que sirve para designar el año correspondiente del ciclo lunar. Siendo los años de este ciclo 19, otros tantos tenían que ser los números aúreos, sucediéndose desde el uno en adelante en su orden natural. Se llama número aúreo, porque antiguamente eran de oro los números con que en Atenas se señalaban los años del ciclo.

Epacta.—Número de días y aún de fracciones ó partes de día en que las revoluciones lunares difieren de las solares. Las epactas se marcan por medio de treinta

números, desde el uno hasta el treinta inclusive, que se colocan al lado de los días del mes en orden retrógrado; es decir, que se empieza por el 30 y luego se sigue por el 29, etc.

Indiccion romana.—Es un período de 15 años, de que se hace uso todavía en el cómputo eclesiástico. Trae su origen desde el tiempo de los romanos, que llamaron Indiccion á una especie de tributo que exigian con el objeto de pagar á los soldados que ya llevaban quince años de servicio.

Correccion Gregoriana.—La que hizo en el calendario el Sumo Pontífice Gregorio XIII, en el año de 1582. El objeto fué igualar la medida del tiempo con el movi-

miento del sol, ó por lo ménos aproximarse de tal modo, que la diferencia fuese casi insensible, evitando de este modo los errores en que ántes se incurria, contando por el calendario Juliano, ó sea de Julio César.

Cuatro Témporas.—Son los cuatro tiempos de ayuno, penitencia y oracion, que en las cuatro estaciones del año fijó el Papa San Calixto, para refrenar el ímpetu de las pasiones.

Velaciones.—Ceremonia que acompaña á los desposorios, para oír la misa nupcial y recibir las bendiciones del sacerdote; está suspendida durante el adviento y cuaresma, época de ayuno y de oracion.

X.

BAILES DE NIÑOS.

Nuestra distinguida colaboradora, la señorita Doña Joaquina Balmaseda, ha consagrado á este asunto en *La Correspondencia de la mañana* un bonito artículo, del que extractamos los párrafos que siguen:

La costumbre de disfrazar á los niños en Carnaval en vez de disfrazarse los mayores, debía producir los bailes de niños; en diferentes salones particulares vienen ya hace algunos años celebrándose bailes infantiles, donde Ana de Austria, Isabel la Católica ó Mad. de Pompadour, todas de tamaño microscópico, bailan con el pescador ó con el labriego, si no apoyan su aristocrático brazo en el hombro del contrabandista; y hasta los empresarios de los teatros empiezan á explotar esta costumbre con excelente resultado, segun hemos podido admirar en los bailes de la Zarzuela, donde multitud de niños se confunden estas tardes, ofreciendo un ejemplo de la sociedad *al natural*. Los bailes de los mayores tienen sin el disfraz la careta;

los de los niños tienen el encanto del traje sin máscara en el rostro.

En los bailes de niños la alegría es cierta; el sentimiento franco; el que baila, baila con fe; el que se divierte, lo demuestra; el que no se divierte, llora, bosteza y se duerme, ó pide, sin cumplimientos, que le lleven á casa. En estos bailes no aguarda la niña, que más vale acaso, á que venga una pareja tardía á levantarla de su asiento por diez minutos: la niña que quiere bailar, no se resigna, no espera; se cuelga con encantadora franqueza del niño que no baila, y comienza el baile sin prévia invitacion, terminando sin más ceremonias que marcharse por su lado cada cual; y sin embargo, á través de la ingenuidad de los primeros años, vénse ya germinar las pasiones: tambien en los bailes de niños, la niña mejor vestida y más desenvuelta se ve cercada de galanes, mientras la más tímida permanece al lado de su madre: tambien suele surgir un disgusto entre un Federico el Grande de siete años y un Masaniello de la propia edad; en su impetuosidad infantil, pueden allí mismo darse un empujon ó un puñetazo; pero al punto intervienen las familias, y

unos dulces ó bombones ajustan la paz entre los contendientes.

¡Hermosa edad en que todavía no se presiente el arte del disimulo, ni se violenta la inclinacion con pretexto de la galanteria, como el alma se dilata al contemplar, aunque sea por breve espacio, inclinaciones, afectos, placeres ó pesares que son verdad, que no obedecen al interes de la razon ó al cálculo de la vanidad! No entraremos á discutir si son ó no convenientes

los bailes de niños; si deben procurarse para ellos fiestas que producen emulaciones prematuras, lisonjas que despiertan la vanidad y aspiraciones impropias de la candidez de los primeros años. No es ese el objeto de estas líneas. Quédese para los moralistas dilucidar la conveniencia de los bailes de niños: nosotros los celebramos como todo aquello que cautiva la vista y habla al corazón.»

LA BUENA MADRE.

(APÓLOGO.)

Érase un niño travieso
Que todo lo revolvía;
Audaz, colérico, osado,
Inmodesto y camorrista.
Maltrataba á sus iguales
Y á los mayores perdía
El respeto, siendo escándalo
De cuantos le conocían.
Su buena madre trataba
De corregir tan torcida
Inclinación, presintiendo
El cúmulo de desdichas
Que esperaban al rapaz,
Si á tiempo no destruía
Todas las malas pasiones
Que en su corazón hervían;
Cuando un amigo indiscreto,
Sin ver el daño que hacía,
Arguyó de esta manera
A la madre dolorida:
—Déjele usted; es un niño,
Y no sabe todavía
Lo que es bueno y lo que es malo:
Su razón está dormida,
Y al despertar ¡desde luego!
Ni como una pesadilla
Recordará de la infancia

Las impresiones más vivas.
¡A cada tiempo lo suyo!
De una niñez atrevida
Se pasa á una pubertad
Grave, seria y reflexiva!
—Señor,—la madre contesta,—
Qué perniciosa doctrina!
La educación es la base
De la moral de la vida.
Si las nacientes pasiones
No se enfrenan, llega un día
En que dominan al hombre,
Y de perfidia en perfidia
Del vicio en el hondo abismo
Cruelles le precipitan.
Sin arrancar la cizaña
Jamás dará la semilla
El apetecido fruto,
Ni prosperará la viña
Si no se poda el sarmiento
Que á la cepa perjudica.
Por eso del hijo mío
Quiero matar las malignas
Inclinaciones, y así
Labrar su futura dicha;
*Que el que malas mañas há,
Tarde ó nunca las olvida.*



ACTUALIDADES.

El Sr. Obispo de Almería, de paso en esta ciudad, ha visitado el colegio de San Francisco de Borja, quedando sumamente complacido de los adelantos de sus alumnos, á quienes dirigió frases cariñosas, estimulándoles á que correspondieran á los desvelos de su Director y Profesores.

Este ilustre Prelado fué el que con su fortaleza sostuvo los derechos de la Iglesia en Cuba y atajó el cisma lamentable que por algun tiempo dividió la isla, mereciendo señaladas atenciones de Roma y de los fieles hijos de la Iglesia.

El miércoles último, se celebró un baile de niños en el hotel que en la calle de Ayala ocupa el Sr. D. Hipólito Finat, siéndonos imposible al tiempo en que mandamos estas líneas á la imprenta, dar una idea, siquiera sea pálida, de tan brillante fiesta.

Por el Ayuntamiento de Madrid, ha sido aprobada la cesión de un terreno, fuera de la puerta de Alcalá, en la glorietta comprendida entre el camino que conduce al Retiro y á la carretera de Aragon, para la construccion de una escuela de niños y de niñas, costeada por la testamentaria de D. Lucas Aguirre.

Digna es de profundo respeto y admiracion la memoria de quien tan noble uso hizo de su fortuna, y dignos tambien de elogio los celosos testamentarios del finado, entre los que recordamos á los señores Galdo y Ondovilla, por la eficacia y acierto con que vienen llenando su mision.

El elegante poeta y querido amigo nuestro D. Antonio Alcalde Valladares, ha dado á la estampa su preciosa leyenda histórica *Medina Azzahrá*, premiada en los juegos florales de Sevilla, celebrados en Abril de 1880, con una pluma de oro y brillantes. Para cuantos conocen las relevantes cualidades de este poeta, ninguna novedad ofrecerá que les digamos que su última obra tiene rasgos de primer orden.

Manuel Catalina, el eminente actor que

durante tantos años ha dirigido la empresa del teatro Español, y que hace bastante tiempo se hallaba ausente de esta corte, ha empezado á trabajar en el precioso teatro de Lara.

La Propaganda católica, de Palencia, acaba de publicar un nuevo librito sobre *El ayuno*, consagrado á demostrar en una conversacion familiar lo que éste debe ser dentro del catolicismo. Este folleto, noveno de la coleccion, se vende al precio de dos cuartos.

El teatro Martin sigue muy concurrido, por la buena eleccion de obras representadas en el mismo y el acierto con que lo son.

En el de Madrid, las representaciones se cuentan por llenos, y puede decirse que ha logrado arraigar en el populoso barrio en que se encuentra.

Miss Zæo, la valerosa y simpática gimnasta del teatro de la Zarzuela, recibe una ovacion cada noche que ejecuta sus arriesgados ejercicios.

En el Español, siguen los ensayos del nuevo drama de Echegaray.

La Sociedad el *Progreso de la Juventud*, fundada há poco por los alumnos de primer año de Derecho y Filosofia y Letras, se reunió el juéves 3 del corriente en el local de El Fomento de las Artes, bajo la presidencia del ilustrado catedrático de la Universidad Sr. D. Miguel de Morayta. Se dió lectura á varios trabajos en prosa y verso, entre los que recordamos una erudita biografia del insigne dramático D. Pedro Calderon de la Barca,—á cuya memoria la reunion se consagraba,—del Sr. Ruiz Jimenez, y unas lindas décimas de nuestro jóven colaborador D. Rafael Abellan, las que por ausencia de su autor leyó el señor Ossorio y Gallardo. La multitud que llenaba el local salió completamente satisfecha de los adelantos de los jóvenes escolares, y el bello sexo, que se hallaba representado muy dignamente, fué obsequiado con profusion de *bouquets*.

**SOLUCIONES Á LOS JUEGOS DE IMAGINACION
DEL NÚMERO ANTERIOR.**

Charada primera.—*Barranco.*

Idem segunda.—*Látigo.*

Idem tercera.—*Portera.*

CUADRADO DE PALABRAS.

Masa.
Amor.
Sota.
Arar.

FUGA DE CONSONANTES.

Ciego pintan al amor,
Y es también ciega la fe.
¿Quién, no siéndolo, fiará
En palabras de mujer?

Han remitido las soluciones y obtenido el regalo prometido: Doña Magdalena Barzanallana, Doña Jesusa y Doña Encarnación de Granda, D. Juan Ibarra, D. José Lloret y D. Luis D. Argüelles.

NUEVOS JUEGOS DE IMAGINACION.

CHARADAS.

I.

Tengo un *primera* que da
Siempre un *tercera* bemol
Si ve de *segunda tereia*

La estatua que tengo yo.
¡Qué *todo!* Acaso creerá
No ser obra de escultor.

II.

Prima dos tres me agrada;
Prima dos cuatro es bella;
Tercera cuarta, hermosa,
Y *todo* es una perla.

III.

La *prima cuarta* de dos
Cuatro parece una *todo*
Con *tres dos* ardiendo dentro
Segun relucen sus ojos
Y la palidez que encubre
Con *dos primera* el muy bobo.

CUADRADO DE PALABRAS.

.
.
.
.

Primera en el campo ameno,
La segunda un diablo es,
El ser tercera es muy bueno
Y en cuarta apellido ves;
La quinta terrible mal
A un pueblo entero causó
Por la hermosura fatal
Con que Venus la dotó.

Las soluciones ántes del día 12 de Marzo.



Joaquín, muchacho juicioso
Y amigo de trabajar,
Solicito y orgulloso
Al campo conduce el par
De *Pajarito* y *Golosc*.

Aunque á su yunta no alcanza,
Soñando va el buen Joaquín,
A quien mueve la esperanza
En que ha de tener al fin
Muchas tierras de labranza.